

Tauromaquia, taurofilia y taurofobia

Jesús M.^a Vallarino *

«Hay en el corazón del hombre cierto gusto secreto por los azares y peligros. Si la aventura ha de ser interesante, el héroe ha de verse rodeado de riesgos graves y multiplicados; si una historia ha de excitar vivamente nuestra curiosidad, no puede ser una cadena no interrumpida de sucesos regulares y felices. Pedimos encontrarnos a menudo con hechos extraordinarios y sorprendentes, y, por más que nos cueste decirlo, nuestro corazón, al mismo tiempo que abraza la compasión más tierna por el infortunio, parece que se fastidia si tarda algo de tiempo en hallar escenas de dolor, cuadros salpicados de sangre. De aquí el gusto por la tragedia; de aquí la afición a aquellos espectáculos donde los actores corren, o en la apariencia o en la realidad, algún grave peligro. No explicaré el origen de este fenómeno, bástame consignarlo aquí para hacer notar a los extranjeros, que nos acusan de bárbaros, que la afición del pueblo español a la diversión de los toros no es más que la aplicación a un caso particular de un gusto, cuyo germen se encuentra en el corazón del hombre.»

Jaime BALMES

* Escritor. Colegio de Chamartín. Madrid.

Esto llegó a escribir el eminente filósofo catalán, que era claramente contrario a las corridas de toros. Curiosamente, otros implacables antitaurómacos no regatean su admiración por la fiesta: «... fascinador, incitante, seductor, en suma, el más espléndido espectáculo de nuestros días» (Chat-field-Taylor); «... es un espectáculo salvaje, pero el más grandioso de todos los espectáculos de nuestra época» (Varvaro Pojero). No es de extrañar, pues, que en el bando de los taurófilos se desaten las apologías entusiastas. La polémica se planteó desde los orígenes de la fiesta hasta nuestros días, y no lleva camino de amortiguarse. En el duelo de «filias» y «fobias» se entremezclan razonamientos indiscutibles con los un tanto discutibles o incluso falsos. Es menester un esfuerzo de serena objetividad para analizar la parte de razón que tienen separadamente los fautores y los detractores de la tauromaquia. Porque es claro que todos tienen razones; y nada claro sintetizar quién tiene la razón.

Un intento de aclarar, con la mayor ecuanimidad posible, la confusa maraña de ideas que se agitan en la polémica se ha llevado a cabo durante varios años con alumnos de bachillerato. Tras un ejercicio de redacción, en que cada uno exponía su punto de vista sobre el tema taurino, en la clase siguiente se entablaba el diálogo en común, moderado por el profesor, quien al final procuraba sopesar y evaluar las diversas opiniones expuestas. Contra lo que previamente se conjeturaba en alumnos de diecisiete años, solamente una minoría se manifestaba, acremente, por supuesto, en contra de las corridas de toros. El grupo de los partidarios les superaba en número y en conocimiento más cabal de particularidades concretas de la fiesta. No se llegó, ni se pretendió llegar, a una solución dirimente del enfrentamiento polémico. Pero sí se logró el fruto positivo de todo diálogo bien encauzado; que ambas partes adquiriesen una información más completa y llegasen a matizar sus opiniones, limando sus estridencias.

Pretendiendo también ahora proceder con la máxima objetividad, será conveniente dividir el tema en tres partes: el toro, el torero y el público.

El toro

ES lo primero que llama la atención del turista nórdico o, simplemente, del espectador no iniciado. El toro es

sometido a una tortura continua, sangra copiosamente, muere herido por una o varias estocadas, descabellado y apuntillado. Un espectáculo cruel y cruento, contra el que reaccionaron reciamente los más significados detractores de la fiesta. Entre ellos, el Papa Pío V, en 1567, aconsejado por San Francisco de Borja, condenó las corridas de toros como «espectáculo torpe, cruento, más de demonios que de hombres, de los que tantas muertes, tantas mutilaciones y peligros para las almas proceden». Y llegó a prohibir la celebración de corridas, bajo pena de excomunión, y a privar de sepultura eclesiástica a cualquiera que muera en el ruedo. Ocho años después, Gregorio XIII, en 1575, por intercesión de Felipe II, reservó la excomunión sólo para los clérigos. En 1596, Clemente VIII penaría con la excomunión únicamente a los monjes y religiosos. Pero seguiría en vigor la prohibición de las corridas.

En realidad, las fiestas taurinas de entonces eran atrozmente cruentas y con frecuencia salvajes, no sólo por el brutal encarnizamiento infligido al toro, sino por el número de heridos, mutilados y muertos resultante. Nuestras corridas de hoy, después de la humanización llevada a cabo con las atemperadas reglamentaciones progresivamente introducidas en el siglo XX, apenas resisten comparación con las del siglo XVI.

Con todo, es innegable que la crueldad permanece. Pero no es achacable únicamente a la fiesta de toros. También es cruel el acoso encarnizado a los venados en las grandes cacerías (por ello también fueron prohibidas a los clérigos). Y en la pesca deportiva, ¿sufre poco el pez cuando le clavan el anzuelo y se lo sacan después, desgarrándole sangrientamente la boca, mientras va muriendo de asfixia? También sufre intensamente el animal en las peleas de gallos, tiro de pichón, etc., y muy pocos se escandalizan por ello. Y ya no sólo los animales, el ser humano se pelea bárbaramente en el boxeo y en ciertas clases de lucha...

Pero el argumento de «¡Y tú más!» ni aminora ni puede justificar la crueldad. Si está claro que la corrida de toros es un espectáculo cruel, habrá que recurrir a otro tipo de justificación. Y la hay, aunque no al alcance de una aceptación general y sea blanco de virulentas críticas. Generalmente, se tolera la crueldad como medio inevitable para alcanzar un fin necesario o útil para el hombre. Las fieras cautivas en la jaula del parque zoológico, el uso de insecticidas, el cocimiento de mariscos vivos, los animales inyectados y sacrificados en el laboratorio, etc., son otros tantos ejemplos de necesidad o utilidad humana. No tiene ninguna justificación, en cambio, la atávica diversión de torturar a los animales sólo

por dar rienda suelta a un sadismo salvaje: «Las fiestas bárbaras», que atinadamente criticó Larra. Desgraciadamente, no son pocas las que todavía se celebran en España.

¿Cómo pueden justificarse entonces las corridas de toros? Por una reconocida utilidad: el arte. Y un arte de superior calidad, alabado y admirado por eximios intelectuales y artistas de todo género. Arte que ha suscitado la inspiración de ensayos filosóficos, poesías, novelas, obras teatrales, películas, pinturas, esculturas y partituras de música. Incluso los más acérrimos antitaurinos, como se indicó anteriormente, no han dejado de reconocer la calidad artística de las corridas, por más que no puedan justificarlas por lo que ellos juzgan extremoso salvajismo. Los portugueses se eximen de esta imputación con sus corridas incruentas.

En resumen: hay arte y hay crueldad. Únicamente aquellas personas tolerantes o no impresionables ante la crueldad y la sangre serán capaces de disfrutar el arte taurino. Los demás seguirán —lícitamente, por supuesto— incrementando la legión de tauróforos.

En un plano puramente imaginativo, los taurófilos suponen que, si se le pudiese preguntar al toro qué prefiere, morir en el matadero municipal, o en el culmen de la faena taurina, respondería que morir valientemente en la plaza y ser aplaudido por el público en el arrastre. Muerte vulgar, o muerte heroica. Como visión poética antropomórfica, vale; como argumento a favor de la fiesta taurina, resulta completamente ilusorio o falso. El toro es incapaz de percibir las categorías humanas de ambición, fama, gloria, etc., y por ello su cruento sacrificio en la plaza no puede encontrar compensación.

Otro argumento de nulo valor se esgrime así: «Si se suprimieran las corridas de toros, se extinguiría la especie del toro de lidia». Muy posiblemente. Pero, ¿qué importa que desaparezca una especie más? Por otra parte, si las corridas de toros fueran prohibidas por considerarse inmorales, resultaría vano e incongruente argüir con la amenaza de la extinción del toro de lidia para restablecerlas.

El torero

«Es inmoral dedicarse a una profesión cuyo ejercicio conlleva un riesgo mortal», afirma la crítica antitaurina.

Es innegable que ese riesgo existe, por más que en la actualidad no sea tan grave como en otras épocas. En primer lugar, por las progresivas modificaciones introducidas en la reglamentación de las corridas. En segundo lugar, por las manipulaciones, más o menos solapadas (afeitado, drogas, «desbravación» biológica al cruzar ganaderías, etc.), que la tradicional picaresca española —una vez más, mitificando «la trampa»— ha ido paulatinamente infiltrando. Cuando la turista nórdica se asusta al ver al torero tan cerca de los cuernos del toro y no puede reprimir el grito ni cerrar los ojos, el aficionado español, conocedor cabal del verdadero riesgo, casi no se inmuta, porque sabe que «no es para tanto».

Si el riesgo mortal existe en la tauromaquia, no lo es menos en otras profesiones, juegos, deportes y espectáculos. Acróbatas, funambulistas, domadores de fieras, alpinistas, aviadores, motoristas, automovilistas, etc., alcanzan anualmente cifras impresionantes en las estadísticas. Mucho más riesgo mortal que los toreros padecen, por ejemplo, los obreros de la construcción. Y, sin ir más lejos, en un fin de semana hay más víctimas mortales en las carreteras españolas, que en los ruedos taurinos durante todo un año.

Es lícito y moral ejercitar cualquier actividad humana arriesgada que pueda satisfacer una necesidad o una beneficiosa utilidad, con tal que el que la ejercita posea la destreza proporcionada a la amenaza del riesgo que quiere evitar. Es inmoral, por consiguiente, que un vulgar excursionista se lance a escalar la vertiente norte del Naranco. Es también inmoral que un novillero emprenda torear Miuras. Pero el torero que ha llegado a adquirir la destreza adecuada para faenar determinada casta de toros ejerce una profesión lícita y moral. Con todo, puede eventualmente exponerse a un riesgo superior a su destreza; y entonces su actuación sería inmoral. Tal eventualidad, lamentablemente, acontece no raras veces y ha ocasionado desgracias y muertes en el ruedo, que deberían haberse evitado. Pero esto merece tratarse aparte.

El público

DEJANDO aparte los espectadores ocasionales, hay que distinguir, entre los aficionados auténticos, dos grupos: los taurófilos moderados, que conocen a fondo todas las suertes del toreo y son conscientes de los límites que, circunstancialmente, impone

el toro, ya por exceso de bravura, ya por defecto; y los aficionados perfeccionistas, que no renuncian a poder disfrutar al máximo todas las suertes del toreo, sin admitir las limitaciones circunstanciales que el toro impone al lidiador. Estos últimos, cuando la faena les displace, con gritos e insultos impelen al diestro a que se arriesgue peligrosamente, pisando suicidamente «el terreno del toro» y exponiéndose a un desenlace fatal.

Lázaro Carreter aporta su testimonio personal, publicado el 30 de mayo de 1987:

«¿Osaré confesar que aborrezco las corridas de toros, ahora que su defensa alcanza rango numantino frente a una insoportable injerencia europea? Aun a riesgo de sufrir condena, las aborrezco. Apremio, cómo no, algunos relámpagos de belleza que ofrecen, pero me aburre mortalmente el resto. Y me estremecen, a menudo, como escenario de pasiones. Tal vez arranca mi aversión de una tarde de feria en Huesca, el año 1947, con Manolete en su cartel. El sol de agosto aplomaba la pequeña plaza, pero, lejos de hundirla, excitaba la avidez del público, ansioso de comprobar la proclamada decadencia del diestro; andaba agotado, se decía, por el empuje de un lidiador más joven y poderoso. Aquel ídolo era rico en hacienda y gloria; estaba ya maduro para ser derrocado. Se le amaba con ese odio que profesa el plebeyo cansado de ver triunfar.

A ver qué hacía. Seguro que iba a reservarse para plazas de mayor tronío; allí iría sólo para arramblar con media taquilla. Eterna escama de los menores. Salió su primer toro; transcurrió soso el ceremonial que precede a la muleta. Manolete, con ésta armada por la espadita de madera, se dispuso a la faena. Iba apagándose el bullicio, mientras el diestro, con paso tardo y firme, se dirigía a la fiera; ante ella se paró, y, muy cerca como solía, la instó al primer pase. Cesó por completo el zumbido de los comentarios, en espera del prodigio o del fiasco. Y, en aquel instante de silencio casi cartujo, suspendidas las respiraciones —«todo, la suerte y la muerte / pende de un hilo sutil»—, un desalmado, el miserable de todas las multitudes, lanzó al torero, mucho más hiriente que una piedra, la injuria que había incubado en su corazón: «¡Hijo de p...!». Cayó sobre el redón del como un trozo de firmamento que se hubiera desprendido; algunos alzamos una protesta civilizada, y, por tanto, sin clamor. Manolete recibió el insulto como un rejón, encegueció, se metió entre las astas con muleta

ebrios, dramático, porque no era ágil su contextura ni hecha para el desabrimiento. Estaba claro que no le hubiera importado morir; tal vez que no le importaba morir. El público enloqueció de entusiasmo. Dieciocho días después, el gran matador se topaba con «Islero» en Linares.»

Lances como éste no escasean en las plazas españolas. Es de justicia destacar algunas honrosas excepciones. Cuando el público de una ciudad, por temperamento y por una aquilatada tradición, ha llegado a entender y gustar a fondo el arte taurino, no suelen ocurrir tales incidentes. Así en la Plaza de la Maestranza, de Sevilla. Con razón se la denomina la «Catedral del toreo». No hay jaleo ni jolgorio de fondo. El público permanece, la mayor parte del tiempo, en un silencio impresionante, como si de un ritual religioso se tratara. Y si la faena, en el último tercio, se desarrolla primorosamente, alcanzando el deseado culmen estético visual y emocional, inicia la banda de música los templados acordes de un pasodoble, que sólo cesa cuando el lidiador llega a blandir el estoque para matar. Solamente cuando la faena va mal, no por falta de trapío o por exceso de resabios del toro, sino por cobardía, desidia o torpeza del diestro, es cuando el público desahoga su frustración con justas imprecaciones.

Ya dejando aparte loables excepciones, sí se puede constatar la existencia de cierto sadismo en la fiesta de los toros. Pero hay que matizar esta imputación. Los espectadores intolerantes que lanzan insultos e invectivas en la plaza no aplacan con ello su sed de sangre, ni desean complacerse con aumentar el riesgo y el angustioso sufrimiento del torero. Lo único que desean es gozar al máximo los supremos lances del arte taurino, cuando los condicionamientos del toro no se prestan a ello. Y desde luego, es verdad el axioma, «a más riesgo, más arte», siempre que el riesgo pueda ser compensado con la destreza. La andadura del funambulista a diez metros del suelo suscita una emoción imposible de sentir cuando actúa sin red debajo, que cuando cuenta con ella.

Con todo, puede lograrse un arte de cierta calidad disminuyendo de antemano el riesgo. Hay auténticos aficionados a los toros, cuya sensibilidad no soporta la sangre ni el arriesgado trance a que se expone el torero. Tal género de espectadores tiene a su alcance las corridas portuguesas, de refinada calidad, dentro de los límites incruentos previamente adoptados. Arte taurino «light».

Epílogo inconcluso

DESPUÉS de haber analizado los aspectos característicos de la tauromaquia, se puede llegar a admitir la justificación de la fiesta. Hay un arte difícil, dinámico y cromático, que supera el riesgo mortal patéticamente y alcanza con frecuencia una sublime emoción estética. Hay también crueldad, lances cruentos en el acoso al toro, sadismo ocasional del público exigente; son inevitables aspectos negativos, que deben reducirse al máximo, pero no impedir la celebración del espectáculo de alto valor artístico, que en ningún caso puede equipararse a las «fiestas bárbaras», carentes de todo arte y pletóricas de brutalidad atávica. Unicamente se debe seguir el proceso mitigador de lances cruentos y de evitación de fraudes, establecido en las últimas reglamentaciones taurinas.

Si el arte, pues, justifica suficientemente las corridas de toros, no así otras razones nada convincentes. Por ejemplo, el argumento «sindical»: «Hay que proteger a toda costa el nutrido censo laboral taurino, del que viven multitud de familias». Con sólo tal argumento, podría justificarse el tráfico de drogas y aun ciertas mafias. La justificación debe sustentarse sobre una base moral, no sólo utilitaria o económica.

En resumen, la polémica taurina quedará siempre abierta. Aquellas personas gustadoras del arte y menos impresionables ante los aspectos cruentos integrarán el censo de los taurófilos. Los que, por el contrario, sean muy sensibles a la crueldad y el riesgo, y, además, no estén motivados por el arte, bien por ignorancia, bien porque no lo estimen, permanecerán en el grupo de los taurófobos; aunque sea posible algún caso de «conversión» a la taurofilia desde la ignorancia del arte taurómico a través de la correspondiente iniciación, con la que consiga sublimar los impulsos primitivos de su sensibilidad.

Oportuna será la cita de sendos eminentes representantes taurófilos y taurofóbos. Lope de Vega, en *Los Vargas de Castilla*:

... que esta fiesta bruta
sólo ha quedado en España;
y no hay nación que una cosa
tan fiera y tan inhumana,
si no es España, consienta.

Alejandro Dumas, después de presenciar, por primera vez, una corrida de toros en España: —*Haga usted dramas después de esto!*

La polémica sigue abierta. Y el epílogo, inconcluso.